

SI NO SOMOS LIBERALES SEREMOS RECONQUISTADOS

Conciudadanos: en un tiempo en que las plumas de los escritores todos se empeñan en ilustrar al pueblo sobre el modo de fijar o señalar un sendero seguro, por el que nuestro naciente imperio marche al más alto grado de la gloria y la inmortalidad: en un tiempo en que todos apuran su celo para remover los obstáculos que pueden impedir esta marcha, sería un delito omitir cualquiera diligencia que pueda conducir a un fin tan noble. El hombre se debe antes a la sociedad que a sí mismo, y cuando sus reflexiones son hijas de su celo por el bien común, ellas son apreciadas de los buenos por más que carezcan de los adornos que puede prestarles el arte de la palabra.

Yo tengo la fortuna de hablar a un pueblo que desea ser libre; pero que se aleja tanto más de los medios, cuanto que su carácter naturalmente dócil está muy expuesto a que los perversos que le conocen se valgan de este conocimiento para intentar arruinarle.

Así es que aún hay almas viles que mal halladas con una libertad que no conocen, extrañan las cebollas del Egipto, y quisieran seguir aún bajo el yugo que una mano benéfica vino a arrancar de sus agobiados cuellos. Para estas gentes, nacidas entre el ruido de las cadenas y arrulladas en su cuna con los horrendos silbidos de la tiranía, nuestra independencia ha sido la funesta caja de Pandora que derramó todos los males en nuestro suelo. Las ocurrencias actuales, a las que la astucia y malignidad de nuestros enemigos han dado un colorido muy acomodado a sus infernales miras, se han creído el origen de unas guerras intestinas que nos deban hacer preferible el oprobio y la ignominia del poder español, y he aquí que los mismos que por huir de los horrores de la anarquía quisieran arrojar al seno de la esclavitud, precipitan estos horrores mismos, y hacen todos los esfuerzos que están a su alcance para abismarnos en las violentas convulsiones de la discordia. Este genio maligno discurre por todas partes inspirando en los corazones débiles el desaliento, al que seguirá necesariamente la ruina de la opinión, de este grandioso edificio que desafiaba el poder de la Europa entera, y que comienza acaso a desmoronarse, a virtud de las detestables arterias de cuatro genios díscolos que quisieran ver renovados los ignominiosos siglos de los pizarros y cortesés. ¡Miserables! son muy groseros vuestros manejos para pensar en ocultarlos. El corazón de los americanos sinceros; pero por otra parte con bastante conocimiento de sus intereses, os detesta y desprecia altamente. Y vosotros almas débiles y pusilánimes, cuando los agentes de la tiranía formen para seducirnos ese fantasmón de males tan puiméricos como sus esperanzas, poned en contraposición aquella horrible perspectiva de humillacio-

nes que en tres siglos abatieron a la patria. ¡Así se pudieran borrar estos tristes años de la serie de la historia! ¡ocultándolos al conocimiento de nuestros nietos! pero ya que es imposible esconder estas cosas que tanta sangre vertida tiene tan vivamente señaladas, mostremoslas a lo menos con el artificio de aquél pintor, que para disimular la deformación de una cara inventó el arte del perfil. Es decir: borremos la ignominia de nuestros grillos con la gloria de haberlos roto; pero no sólo con esto: es preciso que la posteridad después de haber leído las páginas sangrientas que transmitirán a su memoria los acontecimientos de once años de gloriosos esfuerzos, no se encuentre con otras igualmente sangrientas, sino en su lugar, unas láminas de oro que la digan:

“Fueron esclavos, gimieron en la opresión, hasta que el héroe de Iguala logró levantar el formidable coloso de la opinión, que en pocos días abatió las banderas sanguinosas del tirano: veo aquí sus cadenas rotas. La misma opinión exalta a este héroe el trono del Anáhuac, y ya hace tres siglos que los pueblos felices bajo la dominación de su gloriosa dinastía.”

Esto dirá la historia a las edades futuras, y en medio de sus transportes derramará lágrimas de gozo sobre las yertas cenizas de sus gloriosos padres. Las estatuas de los defensores de la libertad, se verán colocadas en el Santuario de las Leyes, en ese lugar augusto y terrible de donde han de emanar las que han de hacer felices a los pueblos. Los legisladores del septentrión antes de sancionarlas consultarán a las sombras respetables de estos héroes, y ved aquí que nuestra legislación será la mejor del universo, pues será dictada desde el fondo de las tumbas.

Pero sí por el contrario nos dejamos arrastrar de las impresiones de la discordia: ¡Buen Dios! ¡Que cuadro tan horrible se presenta a mis ojos! La historia entonces, no queriendo horrorizar a la posteridad con una relación circunstanciada de nuestra ruina, se contentara con decir. Fueron esclavos y no supieron ser libres. El oprobio entonces y la ignominia, serán el patrimonio de nuestros hijos y acaso el tirano vendría segunda vez a plantar sobre las sangrientas ruinas de la opulenta México el estandarte de la conquista. ¡Confunda antes el Cielo a los cobardes seres que intentan dividirnos!!!

México: Año de 1822

Oficina de Don José Mariano Fernández de Lara, calle de San José el Real.